

dre Ovalle, Juan Ignacio Molina, Vicuña Mackenna, Pérez Rosales, etc. No faltan nuestros grandes poetas, por supuesto: la Mistral, Neruda, Huidobro, Pedro Prado, así como los prosistas encabezados por d'Halmar y Mariano Latorre.

En total, la obra es elegíaca, como debe serlo en un país en el cual lentamente se va perdiendo el bosque. Sin embargo, a la vez revela un grito de esperanza y de amor que sin duda contribuirá a que las futuras generaciones puedan contribuir a la reforestación nacional.

Editorial Seix Barral (Barcelona, España)

La afamada editorial nos envía regularmente sus últimas publicaciones que se caracterizan, además de su intrínseca calidad, por su buena presentación que las hace gratas a la lectura, factor por supuesto nada desdeñable, aun cuando pareciera obvio a primera vista. Se caracteriza, además, Seix Barral, por su visión de amplitud universal que la hace abrirse a todas las latitudes y a todos los géneros literarios (excepto aun, por desgracia, al de la creación poética propiamente tal), y su afán de mostrar obras que indican aperturas de pensamiento contemporáneo sobre literatura, en especial.

Del último envío (que en otra ocasión trataremos en forma más completa), se destaca "El siglo de las luces", de Alejo Carpentier, novela en la cual el notable escritor cubano, con su acostumbrada fastuosidad, recrea el mundo del Caribe en la crucial etapa de las repercusiones de la Revolución Francesa, en las postrimerías del siglo XVIII, a través de un personaje olvidado de la historia: Víctor Hughes, que fuera amo de la francesa isla de Guadalupe, primero bajo el Terror, luego bajo el Termidor. En seguida, tenemos "La nueva novela" del jefe del "nouveau roman", Alain Robbe-Grillet, tomo que reúne una serie de ensayos del autor que ha conmovido la narrativa de la última década, acerca de las posibilidades de renovación de un género al cual muchos teóricos suponen agotado; otro ensayo: "Obra abierta" del joven profesor de estética italiano Umberto Eco, en el cual aplicando diversos estilos de investigación, desde el análisis del lenguaje a la teoría de la información, pretende identificar una serie de comportamientos observables en muy distintas zonas del arte contemporáneo en la nueva música, la pintura informal, la narrativa (en donde trata especialmente los casos de Flaubert, Faulkner y Joyce), el cine e incluso la televisión. Obra abierta llama Eco a la nacida de una suma de posibilidades de interpretación (como "El Castillo" de Kafka), y no propuesta perfecta e inalterable al espectador ni surgida de un desarrollo inte-

lectual perfectamente previsto y orgánico. Por último, dos novelas: "Los buenos negocios" del prolífico poeta Gabriel Celaya, en donde narra los orígenes de una dinastía industrial y su tormentoso presente y "A veces, a esta hora", de Antonio Rabinad (escrita un poco a la manera de "La Colmena", de C. J. Cela) en donde se narran objetivamente los hechos que se producen en los suburbios de una ciudad de martes a sábado, y en donde el personaje —más que los 30 personajes que aparecen y desaparecen en la novela— es el acontecimiento en sí, lo-que-sucede.

SOBRE "CONTRA SOFISTAS" DE JUAN RIVANO

por JORGE VERGARA

La obra de Juan Rivano no es aún suficientemente conocida; y no se debe esto, en modo alguno, a que carezca de los méritos suficientes que la hagan objeto de estudio y consulta para todos aquellos que se ocupan del humanismo. Las causas de este parcial desconocimiento debemos buscarlas en primer lugar, en la lentitud con que nuestro público se impone de la obra de los pensadores y ensayistas y en la deficiente difusión de las publicaciones universitarias.

Ya en 1956, transcurrido sólo un año de la finalización de sus estudios de Filosofía y Matemáticas en nuestra Universidad, fue invitado a formar parte de la delegación chilena al Congreso de Filosofía que en dicha fecha se celebró en Santiago. Su comunicado llevaba por título "Análisis crítico de algunas concepciones del yo y de la conciencia". Sólo cuatro años más tarde fue nombrado catedrático de Lógica y desde 1963 dicta Introducción a la Filosofía. Los cursos dictados en esta última cátedra han sido publicados con los títulos de "Desde la Religión al Humanismo" y "Desde el punto de vista de la miseria". Todos aquellos que deseen iniciarse en los estudios de lógica encontrarán en "Curso de lógica moderna y antigua" un excelente manual de corte universitario. En un especial lugar debe mencionarse su obra "Entre Hegel y Marx" cuya segunda parte "Libertad y Humanismo" constituye la más fina y profunda crítica que conocemos al antihumanismo sartreano y heideggeriano. En la presentación de ella escribió Luis Oyarzún: "Como se verá a lo largo y en el subsuelo de estos ensayos, el rigor del pensamiento sirve en ellos de herramienta de análisis, no pocas veces apasionado en el mejor sentido del término, de problemas actualísimos, que brotan de los supuestos más candentes de nuestra cultura. Así, el de las relacio-

nes entre libertad y vocación en el seno del Estado contemporáneo...”

Los antiguos sofistas, aquéllos que Platón y Aristóteles conocieron, buscaban con sus juegos verbales entretenernos o en el mejor de los casos, vgr. Gorgias y Protágoras, convencernos de que nada existía o bien, que todo cuanto podíamos decir sobre la realidad era relativo. Se cuenta que un sofista menor persuadía a los atenienses que tenían cuernos diciéndoles que lo que no se ha perdido se tiene; tú no has perdido los cuernos, luego tú tienes cuernos.

Hoy no les interesa divertirnos, y menos convencernos de que su interpretación del Ser es la única válida. A lo más les preocupa persuadirnos de la inutilidad de la acción justa que emprendamos Rivano que bien los conoce nos advierte que:

“Hay que considerar con recelo a quien comienza diciendo: “Estoy en todo de acuerdo contigo, pero...” Porque la figura consiste en atosigarte de vanidad. Y tú quedas convencido de que pasaron tus opiniones y te abres con simpatía y buena disposición a lo que viene después del “pero”. Si por el contrario atiendes tan sólo a lo que viene después, te ocurrirá frecuentemente constatar que el adversario no está en absoluto de acuerdo contigo” (No 65).

Es posible que en esos trajes nos encontremos con aquel que gusta de los gestos y dichos solemnes:

“También escuchas que se levanta uno y comienza declarando lleno de extrañeza y dignidad: “Nunca se había oído en esta Academia (institución, asamblea. Nota nuestra) alegar razones de esta especie”. Y como tú piensas que tanta más excelencia exigen las cosas cuanto menos cambian —en lo cual también están de acuerdo contigo las piedras— y como sientes miedo de ser diferente y como supones que algo arcaico es intangible y sagrado, por todo esto te llenas de terror y retiras tus “razones insólitas”. Así fue también como no tuvo hijos la niña romántica; porque decía: “Nunca nadie me ha tocado en esa parte”. (Nº 69).

O quizá aquél que halagándonos quiere quitarnos del medio para que no obstaculicemos sus proyectos:

“Se puede decir sin mucho riesgo que los hombres son vanidosos. El sofista conoce esta verdad y la emplea con mucha frecuencia. Mira que te dice, comenzando: “Un hombre inteligente como tú...” o también “Me extraña que una persona de tu cultura...” Y tú encuentras que por fin reconoces tu valor y asientes a todo lo que él dice porque está en juego un hermoso cuadro que finges de tus talentos. Y cuando tienes que decidir sobre el adulator, alegas lo que sea en su defensa y le entregas cuanto pide, porque te ha mostrado que sería contradictorio no

hacerlo un hombre inteligente como tú. Y ten por seguro que son muchas las ‘contradicciones’ expulsadas de tu cabeza porque implican que no eres ‘inteligente’. Otro de los sofistas nos increpará reprochándonos el que hayamos cambiado de opinión, pero a éste como a los otros podemos responderle:

“Guárdate del hipócrita que dice: “César hoy, César mañana, César toda al semana”. Aquí la figura consiste en amarrarte en el cepo de la mismidad abstracta y obligarte, a ti también, a incurrir en sutilezas sofísticas para justificarte. Porque se te hacen exigencias de mantenerte idéntico a ti mismo como si en un punto del pasado hubieras alcanzado un modo de ser fijo y definitivo. Pero no es así, sino que progresa tu mente y cambian tus opiniones. ¿No pensabas ayer que la política era un asunto de rufianes? Pero, mira cómo hoy proyectas volcar tu acción en la política; y tienes buenas razones para lo de hoy y ninguna para lo de ayer. Y no vaciles en aceptar, incluso en un mismo tiempo, la inconsistencia de tus opiniones; porque debes amar cuanto puedas, aunque sabes que en un mundo enajenado y mentiroso es imposible amar; y debes sentir curiosidad y respeto ante una doctrina filosófica, aunque sabes que la filosofía es el espíritu con las patas arriba. No hagas escándalo de cosas incompatibles si en ellas igualmente sientes comprometido tu corazón”. Hay asimismo aquellos que aparentando franqueza, podríamos creer personas justas y honradas, dignos compañeros en nuestro afán de modificar positivamente una situación, de ellos es preciso no fiarse:

“La cantidad en lógica comprende un momento de indeterminación que el sofista maneja con habilidad suma. Porque si, criticando, dice: “Todos los miembros de tal grupo, salvo algunos son unos rufianes”, no quedará mal con nadie en particular y dará la impresión de ser franco y valiente. Y cada uno de los miembros del grupo dice para sí: “Yo estoy entre esos algunos”. Y el sofista puede decir después: “Se los dije en su cara”; y la verdad es que la cobardía, la vanidad y la indolencia te puso por debajo del sofista; porque debiste replicar: “Nómbrelos usted, no diga algunos”. (Nº 41). Difícil resulta decir de cuál de los sofistas debemos alejarnos con mayor celeridad si es que nuestros propósitos son hacer más humana la existencia de los hombres en esta sociedad. Si tenemos un corazón muy sensible, el sofista que argumenta con sentimientos, con las entrañas mismas de su alma podría resultar sumamente perjudicial.

Hay otros sofistas que fingen ser los depositarios mismos de los principios absolutos de la moral, y si no nos vamos con cuidado de nuestras mejores intenciones sólo quedarán recuerdos:

"A veces te cierran la boca con esta frase contundente:

"Nada hay que justifique derramar la sangre de un hombre". Y tú te llenas de discursos y dices: "Sería revolucionario si no fuera que me parece injustificable derramar sangre humana". Y vas corriendo de un lado a otro con la noticia del valor del hombre y su sangre inapreciable. Pero yo te pregunto: "¿Qué vale más, la sangre de un hombre o la de miles? Porque no se trata de derramar la sangre de un hombre en el vacío y como si hubiéramos de hacer prietas con ella sino tomarla a precio de libertad y justicia; de derramarla para que no vivan los niños de escarbar en los basurales, porque nunca más aplasten la vida de millones para las cosquillas de uno...". Y yo te digo: "Eres un cobarde, un hipócrita y un superficial". (Nº 93).

Ellos, por oficio, conocen muy bien la repercusión que en nosotros despiertan las grandes palabras, y si no estamos con el ojo atento nos enredarán y entraparán en ellas; y mientras nuestra existencia queda sumida en la desidia y la tontería, ellos reciben de sus clientes las felicitaciones por cuanto tan fácilmente nos han engañado:

"Suele emplear el sofista la frase aparentemente profunda del Bien Común. Es un caso donde la existencia se establece con el expediente del ruido solemne. Pero, coge un obrero del Barrio Vivaceta y llévalo a sentarse en una plaza del Barrio Alto; y verás cómo gritan las criadas y recogen a los niños y proclaman que hay un roto desparramando piojos sobre el Bien Común. Y llega un carabinero y lo arresta; y lo ponen entre rejas por vago e insolente. O puedes pedir al Alcalde del Barrio Vivaceta que administre la parte correspondiente del Bien Común para que sus habitantes conozcan la belleza de sus flores y jueguen los niños en un parque infantil. Me dirás que soy ingenuo; y yo te digo que es la parte que me corresponde de 'Bien Común'".

El sofista es un hombre extremadamente hábil, que "conoce la índole dialéctica de todas las cosas y conoce también los procedimientos abstractos con los que ordinariamente nos aproximamos a ellas". Muy bien sabe que el hombre es un animal al cual puede hacerle sofismas; al cual con tres o cuatro frases puede confundir y detener. Está cierto que a un animal que ha logrado capturar no lo podrá convencer que trabaje para él y que dicho estado de vasallaje y miseria es el mejor estado posible; pero sí que puede

unirse a los que aherrojan y explotan a otros hombres, a los que se benefician con el abuso y el engaño obteniendo de ellos las migajas del banquete. Es por ello que resulta correcto representárnoslo:

"...como un técnico que suministra argumento o razones para una tesis cualquiera que desees probar. Mañana, un político debe pronunciar un discurso en contra de la reforma agraria. Va donde el sofista y le dice: "Necesito argumentos para rechazar la reforma agraria, cuatro o cinco; pero cuídate de que sean consistentes con las ideas de revolución, socialización, cambios estructurales, etc., porque estarán allí los democratacristianos y "esa gente de izquierda". Pónle alguna salsa de humanismo y cristianismo; pero nada de tocar la propiedad privada". El sofista tendrá al día siguiente tal discurso y cobrará. Y no te hagas imaginaciones pueriles sobre cómo cobrará. El sofista puede estar interesado en informaciones sobre el comercio exterior, en ingresar a la Academia de los Caballeros del Espíritu o en casar a su hija. Hay mil formas diferentes de pagar. A ti mismo puede ocurrir que te paguen sin que te des cuenta y que te transformen en tus propias narices en mercadería lo que era creatura de tu excelencia; y así te empujarán por el plano inclinado de la corrupción". (Nº 189).

La obra que comentamos encontrará, sin duda, reparos, en las personas de oído demasiado delicado, en aquéllas para las cuales decir que lo que es blanco es blanco les parece demasiado vulgar; en aquéllos que esperan que se les diga: "Sí, esto no parece ser azul; no estarían con los que sostuvieran que es verde; con toda franqueza me resisto a considerarlo negro; ahora bien, dado el progreso de las artes y de las ciencias, que sea blanco es quizá la hipótesis que deba tenerse en cuenta".

No es a estas personas a las cuales dedica Rivano su obra; tampoco, claro está, a los sofistas. De modo que cuando veamos que alguien la comenta con ambigüedad, recurriendo a los cánones estéticos de la metáfora o bien a la "objetividad" del lenguaje académico, podemos estar seguros que se trata de una persona fina o de un sofista. Rivano ha dirigido su obra a aquéllos que en medio de la ruidosa fraseología contemporánea, en medio de la confusión que algunos cuidadosamente cultivan —y que se cierne sobre los tópicos más vitales y actuales—, se mantienen con la firme voluntad de ver claro y de actuar inteligentemente en concordancia con su pensamiento.